

PUNTOS DE SUSCRICION.

Administracion, Redaccion é Imprenta de EL CUARTEL REAL, calle de la Rondilla, número 8, Tolosa. En Estella, calle Mayor, 93, entresuelo, y en todos los puntos donde hay correos autorizados de este periódico. Extranjero, D. Carlos Cabañero, rue Lormand, 49, Bayonne.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En las provincias Vascaas, 16 rs. tres meses; 30 semestre y 50 un año. En el extranjero, 8 francos el trimestre y 28 un año. El paquete de 25 ejemplares 5 rs. Se admiten anuncios á precios convencionales.

BIBLIOTECA MUNICIPAL

MADRID



EL CUARTEL REAL.

SECCION OFICIAL.

S. M. el Rey nuestro señor (q. D. g.) continúa sin novedad al frente de su leal y valeroso ejército. S. M. la Reina y sus augustos hijos continúan tambien sin novedad en su importante salud.

SECCION NO OFICIAL.

LA PALABRA REAL.

I.

«Mi mision es la de matar á la revolucion, y la mataré.»

Hé ahí la voz Real, el programa político del Rey futuro. Esta palabra puede no hacer triunfar inmediatamente al Príncipe que acaba de decirlo tan á tiempo, tan noblemente y con tanto valor; pero le señala un puesto particular é incomparable hasta ahora entre los jefes de la nacion. La palabra no será olvidada por el género humano; no se oscurecerá como tantas otras. Aunque él mismo la olvidara no podría hacerla olvidar. Da esa palabra una forma gráfica á la verdad que gemía cautiva en todas las conciencias que tienen el sentido, el amor y la necesidad de la verdad. Palabra de salvacion, palabra breve, pero fecunda, y que se á victoriosa en la tierra, á menos que el mundo no deba acabar pronto, y que el resto miserable y horrible de su carrera no pertenezca irrevocablemente á la destruccion, hartamente avanzada ya.

La revolucion es la impiedad radical, el principio absoluto del mal, el orgullo de la inteligencia pervertida y el orgullo del bruto; es Bismark y Marat, tan sordos y tenaces el uno como el otro, tan incapaces de iluminarse, de enternecerse y de volver atrás. «Tengo mision de matar la revolucion y la mataré;» quiere decir: tengo mision de matar la muerte, y, en la medida que es dado á un hombre, la mataré; ¡Yo haré respirar al género humano un aire mas puro, yo le rodearé de murallas, yo sanearé la tierra, yo destruiré la industria de los lobos, yo desvaneceré la peste, y en lo sucesivo se vivirá alla donde al presente no se hace mas que llorar y morir! Hé ahí cuál gran cosa es un Príncipe cristiano. El puede decir semejantes palabras, mas fuertes que un ejército, que hacen retroceder á la muerte y vuelven á abrir los manantiales de la vida. Hasta el presente don Carlos habia podido hacerse un ejército; hoy, en verdad, por esa palabra de Rey, se consagra á sí mismo, echa los fundamentos de un Trono y se conquista aliados entre todos los pueblos de la tierra.

Nuestro pobre Napoleon III en sus comienzos habia sentido cierto destello casi maquinal de este instinto que forma á los reyes. Tiempo es que los buenos se tranquilicen, y los malos tiemblen. Sabido es cual fué el inmenso efecto de estas palabras tan sencillas y tan dignas; vióse aparecer al fantasma de la realeza, y el movimiento fué irresistible, no solamente en Francia, sino en toda Europa. Repentinamente se reconoció la existencia de una mayoría conservadora. Las desconfianzas cedieron: todas las resistencias se confesaron vencidas. No fué este mas que un beneficio momentáneo. El amo no pedía tanto ni deseaba tanto. No habia anunciado mas que una ranciedad nombrando vagamente al mal, sin especificar su carácter, sin decir su nombre; sin decir el nombre ni especificar el carácter del bien. Los que temblaban por un instituto harto justo y harto seguro, reconocieron que no habia por qué temblar, que era tontería el convertirse, y que el gendarme desconocido que aparentaba respeto, no era otro que el jefe de la banda que iba á desertar. Ya se sabe el resto: cómo los malos se tranquilizaron; cómo los buenos, cuyo número decreció rápidamente, volvieron á empezar á temblar, y no sin razon. Napoleon habia obrado como político hábil; un golpe de mano le habia procura el poder. Dejéle gozar veinte años sin gran cuidado: hasta tal punto aquellos á quienes habia espantado un monumento, veían que les hacia bien su negocio, y hasta tal punto la especie de los malos, convencida del poco crédito que inspira, siente naturalmente miedo. Pero el César no se habia fundado para siempre, y si no hubiera sido muerto bajo el esfuerzo de la Prusia, un motin le hubiera arrastrado: el autor de «La Linterna» hubiera bastado á ello.

D. Carlos de España no tiene que temer tan vil destino. Anúnciase de bien distinta manera. Comienza hoy como un hombre que ansia merecer mas gloria para tener mas duracion. No quiere adular la revolucion, ni engañarla, ni pactar con ella; quiere matarla, y se lo dice. Ella le ha ofrecido arreglarse; él rehusa. El quiere ser su victima, y Dios decidirá de ello; pero no quiere ser su Rey, porque ella es la impiedad. Su alma cristiana lo ha jurado. Tales juramentos son ya propios de un Rey; porque, suceda lo que quiera, ellos prestan á la conciencia publica el servicio de que mas necesita. Ese Rey dice á la España: no consentire en mentir; no se si la justicia triunfará como espero; pero se que quiero morir por ella. Esta declaracion será mas elocuente y mas duradera que la voz victoriosa de sus cañones. La humanidad vive de esas palabras augustas, y nada se levanta en el mundo mas alto que el hombre que dice: ¡Yo creo!

Por esa palabra D. Carlos ha constituido su España, y esta es la España con honra. La otra España no podrá menos de ser siempre la España de Mr. Serrano.

II.

Me imagino que mis reflexio es acerca del discurso del Príncipe que quiere matar la revolucion, pudieran quizás parecer inhumanas, exageradas, salvajes, ferozes, sanguinarias, y algo mas, á los literatos como yo, que hablan constantemente de matar la monarquía, la familia, la propiedad y la Religion; todavia hacen mas que hablar, y el recuerdo de sus últimas tentativas en el género no se ha borrado aun. La Commune mataba, en virtud de sus principios y en obediencia á sus dogmas y á su «Syllabus;» porque ellos tambien tienen «Syllabus;» por mas que parezcan no sospecharlo, y aun deberian convenir en que su «Syllabus» es el que ha dictado el nuestro. Mas para ellos es cosa tan fácil y cómoda el olvidar y el ignorar, que son muy capaces de argumentar sin cuidarse de aquellos hechos, y de jurar que jamás ellos han matado ni querido matar, ó que los Reyes y los curas han comenzado á hacerlo; y, en fin, que ellos están en su derecho cuando matan, mientras que D. Carlos y sus voluntarios y su pueblo, y aquellos que los aprueban, participan nosotros, no se proponen otra cosa que asesinarlos á ellos. Tal es su «Syllabus.»

Dejemos eso á un lado por abreviar. No hay gran daño en España porque D. Carlos se contente con responder por la boca de sus cañones. Si sus cañones, cargados de buena pólvora y no de malas palabras, continúan respondiendo con bastante fuerza, él continuará siendo mas y mas elocuente, y ellos mas y mas convencidos. La «ultima ratio regum» no resiste á la constancia de la verdad; la fe produce mas mártires que el error, y al crimen no lo absuelven ni el dinero ni los cañonazos. Es una ley de la naturaleza. Pero cuando, en lugar de atacar á la verdad, los cañones la defienden, lo ordinario es que triunfen. Entonces, por otra ley de la naturaleza, los equivocados ven claro y quieren convertirse. Pégase uno á las falsas creencias que procurarse aparentes bienes los cuales parecen mas seductores que los bienes verdaderos.

Pero cuando los bienes aparentes resultan decididamente quimeras y malas especulaciones; cuando todo se reduce para los pueblos á ver á los sargentos ascender á coronales, y á un general sobre cada diez mil pasar por la dictadura; cuando las iglesias, las cabinas y los cosechas que arden hacen el gasto de esos ascensos sin servicios y de esas fortunas improvisadas sin méritos ni pudor; cuando el incendio ha devorado largo tiempo los restos del incendio; cuando las bancarotas han precipitado largo tiempo á las bancarotas; cuando la sangre ha corrido largo tiempo sobre la sangre; cuando ya no queda que derrochar, y cada vez salen mas periodistas, mas abogados, mas profesores, mas soldados, mas hambrientos y mas disolutos que colocar (y tal es el estado de España y de algunas otras naciones), entonces, si llega un hombre de buena raza y de buen corazón, que dice: «Yo soy la legitimidad, yo soy la justicia, yo quiero acabar de una vez, y para ello cuento con cañones» manifiéstase de pronto una general disposición á darle razon, y un buen sufragio universal, secreto é interior, le presta su apoyo.

Hay que matar á la revolucion para salvar á los hombres honrados y á los mismos revolucionarios. Existen siempre revolucionarios que lo son menos que los demás. No lo confesarán nunca; pero su opinion es que la revolucion va demasiado lejos, y que ser saqueados, quemados arruinados y batidos para acabar por el plomo, por la cuerda ó por el infierno, es en realidad un juego harto necio.

Conservad puras vuestras manos, ¡oh Jefe de la España cristiana! y vuestro corazón libre y elevado, para merecer matar la revolucion, ¡y matad! El pueblo generoso que os ha dado sesenta y ochenta mil voluntarios para llevar á cabo esta empresa, es sie duda hoy entre todos los pueblos el mas desgraciado; pero es á los ojos de Dios el mas grande, será el mas libre, y la historia se inclinará ante él. Este será el pueblo que no ha querido perecer en el fango, bajo la ley de los embusteros. Lo mismo que Santa Teresa, ese pueblo dice: «¡Yo soy hijo de la Iglesia y quiero morir hijo de la Iglesia!» Si ese pueblo permanecerá grande y libre, y no sufrirá las inobles dominaciones contra las cuales se ha rebelado perpetuamente. A causa de su misma fe, Dios le dará dignos soberanos, y le devolverá el sol de su gloria que iluminaba á dos mundos; le añadirá nuevos mundos, y su prima y próxima recompensa será el hallar en su propio suelo, á la hora de su redencion, mas hombres de bien y mas buen sentido que jamás ha creído poseer.—LUIS VAILLOT.

AL COMBATE.

S. M. el Rey, como nuestros lectores verán en los despachos telegráficos, se dirige á Navarra y al campo donde, según todas las señales, vá á librarse pronto una gran batalla.

D. Alfonso, á quien podrían llamar el hijo bastardo de la revolucion, acaba de revistar á sus gentes á quienes procurara animar para que se batan y él venza desde lejos.

Pero D. Alfonso y sus consejeros han debido llevarse un chasco solemne. Esperaban que el Rey legi-

timo cediese ante el último pronunciamiento militar, y el Rey ha contestado á ese pronunciamiento con una nueva y enérgica alocucion, que ha despertado mayor entusiasmo que nunca en el corazón de sus leales defensores. Esperaban que algunos de nuestros jefes se adhriesen á la traidora hazaña de Martínez Campos, y nuestros jefes todos están impacientes y ávidos de habérselas cara á cara con esos sublevados eternos y eternos derrotados por nuestras armas. Ya han sentido la punta de las bayonetas carlistas en Aras, en el Berroin, en Labastida y en Ramales. En todos estos puntos, los alfonsinos han enseñado las espaldas á los carlistas.

Ahora acumulan enantos elementos pueden en la linea de Navarra, y todo hace creer que se preparan convenientemente para dar un empuje vigoroso. Y ahora es cuando nuestro valeroso Rey vá á ponerse al frente de sus aguerridas tropas para gñiarlas al combate contra el infantil usurpador, contra esa pantalla monárquica detrás de la cual se ocultan los hombres más corrompidos, los políticos más arteros, los gobernantes más funestos para la Religion y para la Patria.

Estamos, pues, en momentos solemnes. El enemigo vá á jugarlo todo á una carta. Si le vencemos, la monarquía alfonsina caerá mucho antes que cayeron Amadeo, la república y Serrano. Y para vencerle debemos poner toda nuestra confianza en el Dios de los ejércitos y en la justicia de nuestra causa.

¡Soldados de la fe y de la legitimidad! Esos enemigos que tenéis enfrente son mil veces mas odiosos y más pífidos que todos cuantos habeis vencido hasta ahora. Ellos son los que se arrastran como las culebras para herir á mansalva. Ellos los que, so capa de catolicismo, han robado y ultrajado á la Iglesia, poniéndola, como al divino Salvador, un cetro de caña en las manos y una corona de espinas en la cabeza, saludándola como reina, pero tratándola como criminal. Ellos son los que han corrompido en cátedras de impiedad la inteligencia y el corazón de nuestros hermanos y de nuestros hijos; ellos los que pusieron la tea en manos de los incendiarios de Alcoy y la brutal blasfemia en los inmundos labios de Suñer. Ellos son los verdaderos autores de todas nuestras desgracias y de todas nuestras catástrofes.

¡Carlistas! Es necesario que nos hagamos dignos de la victoria, porque es necesario vencer á esas ordenadas turbas del desorden y de la corrupcion.

Antes el efímero tumulto de la república que la cancerosa ignominia de D. Alfonso. Antes los radicales que los unionistas. Antes cualquiera cosa que los hipócritas.

¡Abajo mil veces los hipócritas!
¡Abajo los mercaderes de la Religion y de la Patria!

¡Abajo los usurpadores!
¡Vivan los hombres de bien, y viva el Rey legítimo!

OJEO DE CONCIENCIAS.

Un distinguido oficial facultativo de nuestro ejército envia por conducto de «El Cuartel Real» la respuesta que nuestros lectores verán á continuacion, á una de las muchas solicitudes alfonsinas que han llegado en estos dias á nuestro campo:

«Querido F.

«Tu carta me ha impresionado; pero con una impresion, que no es precisamente la que tú buscabas. En ella abundan las frases de «amnistia general, brazos abiertos, porvenir de tus hijos, guerra fratricida, restauracion providencial, etc., etc.» pero al paso que se vislumbra en todas ellas el ardor de una conciencia inquieta y poco segura de sí misma, el amor á tu sangre y el amor del bien brillan por su ausencia. Como me quieres tanto, me pides con mucha necesidad que me deshojare. Te doy las gracias. Creyéndonos cándidos porque nos ves sinceros, te sirves de mi para ochar el gancho á mis compañeros de armas. Tambien estos te lo agradecerán como es justo. Verdad es que no hablas de paz ni de recompensa: esto te ha parecido quizá demasiado fuerte; pero harto sabemos nosotros que en toda tu posicion liberal el tanto mas cuanto es conlicion que se sobreentiende.

«Siento que pierdas el tiempo esgrimiendo constantemente contra mí el porvenir de mis hijos. Esto indica que conoces perfectamente mi flaco, pero que desconfías mi fuerza. Yo soy de los que profesan la Religion con restricciones mentales; por eso soy católico sin adiciones. La doctrina de Jesucristo no me manda que encamine á mis hijos por la senda de la fortuna, sino por la del deber y del honor. Si los privan del patrimonio de sus abuelos porque les doy ejemplo precediéndoles en este camino, trátas en vano de convertir en remordimiento lo que constituye la mas íntima de mis satisfacciones.

«Además, tú no estás muy seguro de que la senda carlista sea la senda de la desgracia. La ira que rebosa en todas tus frases me lo prueba: ira que estravia tu razon hasta el punto de obligarte á poner al servicio de una bandera política las sagradas afecciones de la familia.

Bien veo que la guerra civil te horroriza; pero veo al mismo tiempo que en vez de retirarte á tu casa sigues como un borrego á todo cándido de genitros que manda el gobierno de Madrid, cualquiera que él sea, contra nosotros, y procuras buenamente, como los demás, derramar nuestra sangre. ¡Es que los

carlistas no somos de carne y hueso ó hijos de la misma patria? Has estado mucho tiempo combatiéndolos sin bandera, y ahora mismo nos combates á la sombra de un giron volteriano, sin lema y sin prestigio. Sin embargo, nosotros, que combatimos bajo la enseña de todos los principios tutelares de la sociedad española, ¡somos los autores de la guerra civil! Has obedecido á Pi, has obedecido á Castelar, á Figueras, á Sagasta, á Serrano, á todos los aventureros que se han repartido los despojos de esta patria ¡y feliz, ¡y nos echas en cara á nosotros, que defendemos lo que defendieron nuestros abuelos, el delito de desgarrar la patria! ¡Nos pedis que arrojemos las armas! Arrojadlas vosotros, que no defendeis con ellas mas que el statu quo de la ignominia. ¿Es que aquí no hay mas patria que los casinos de Madrid, ni mas gobierno legítimo que el que dá la paga?

»No me maravilla que lames suceso providencial á la proclamacion, digámoslo así, del príncipe Alfonso. Quizás en esto tengas mas razon de lo que tú crees. De todos modos se ve que te escucece no haberlo podido levantar mas que por el medio pedestre y comprometido de un pronunciamiento, y tratas de ilustrarlo con un poco de barniz religioso. Pero desengañate, querido F.; ese perfume de aristocracia divina solo le conviene á los Monarcas que lo son por la gracia de Dios, no á los que son por la gracia de Villate, Manzanedo ó Martínez Campos. Por mas cirios que enciendas á esa restauracion, no puedes sacarla de pronunciamiento, y sabido es que esa es la forma de que se sirve el diablo para envilecer las Monarquías, no la que escoge Dios para restaurarlas.

»Te enrgies de que se haya hecho la proclamacion sin derramamiento de sangre. ¿Y por qué diablos habia de derramarse? Las cosas han quedado absolutamente conforme estaban, y aunque es cara una pantal'a que cuesta treinta millones al año, la revolucion toma sin chistar la que le dan, porque sabe que en definitiva, no es ella quien la paga. ¡Que la proclamacion se ha hecho sin derramamiento de sangre! Pues ni mas ni menos que la del príncipe Amadeo. Esto tiene la ventaja de que la desproclamacion se hará probablemente por el mismo método incruente, aunque no limpio; esto es, por una simple orden del dia del primer general que se levante una mañana con pujos de salvar á España poniéndose el segundo ó el tercer entorchado.

»Me dices que á pesar de nuestros triunfos, desde hace un año no adelantamos un paso. Tu asercion queda completamente desvanecida con un simple cálculo aritmético. Hace poco mas de un año la division mas fuerte que enviabais contra nosotros no pasaba de 14.000 hombres. Las fuerzas de Moriones en Velavíeta apenas llegaban á esta cifra. Dos ó tres meses despues, Serrano necesitaba mas de 30.000 para forzar nuestras posiciones de Somorrostro. Dos meses mas adelante, Concha tuvo ya que reunir 50.000 para intentar la operacion sobre Estella, que terminó por el desastre de Abárzuza. Finalmente, aún ra congregais 60.000 para levantar el bloqueo de Pamplona, y despues de estarlo pensando algunos meses pedis á toda prisa doce ó catorce batallones mas, reuniendo así el ejército mas formidable, por su número, que ha visto España desde hace algunos siglos. ¿Para qué esta progresion alarmante contra un enemigo que no adelanta un paso? Tu afirmacion envuelve una superchería inocente, como lo son todas las vuestras. Te sirves de lo que no hemos podido ganar, por la fuerza misma de las cosas, en estension, para ocultar lo que hemos ganado realmente en intensidad y ocultas que ese paso que no hemos adelantado en un año, es precisamente el paso decisivo; porque el dia que os derrotamos sobre el Ebro (y esperamos derrotaros con la ayuda de Dios, si continuamos haciéndonos dignos de su proteccion divina), el torrente carlista inundará toda España, rompiendo al mismo tiempo nuestro obstáculo mas serio, el impenetrable cordón de mentiras y de calumnias con que procurais aislarnos, sembrando el desmayo y la duda en las masas carlistas, que no saben de nosotros mas que lo que les cuenta un gobierno desecado, ayudado en esta tarea por una prensa inmundada y servil.

»En resumen, mi querido F.: no habia necesidad de que te atormentaras tanto el magín para persuadirnos de que estais dispuestos, como el portugués, á perdonarnos la vida con tal de que os saquemos del barranco. Si para esto habeis proclamado al príncipe Alfonso, habeis perdido el tiempo: no digo yo Serrano, cu a magnanimidad es proverbial; pero hasta el mismo Pi y Margall nos hubiera ofrecido lo mismo, y aun algo mas. Tu carta traduce la secreta angustia que os atormenta: andais á caza de desfallecimientos y traiciones, comprendiendo que sin ellas la proclamacion del príncipe queda reducida á la categoría de una simjleza. Jugais a una partida desesperada vuestra última carta, y andais en busca de algun Maroto que os saque del atolladero.

»Aunque las razones que nos han movido á venir á este campo, que es verdaderamente el campo del honor, no se hubieran agravado con vuestra última evolucion, os recibiríamos en el terreno de las negociaciones, como os recibimos en el terreno del combate: en batería y con la mecha encendida.

- ¡Viva la antigua honra de España!
- ¡Fuera reyes de farsa!
- ¡Viva Carlos VII!
- ¡Tuyo,—S.

SECCION DE NOTICIAS.

Una modificacion importante acaban de hacer en sus procedimientos los moderados, á decir de los periódicos de Madrid. Ya no se exigirá el juramento sobre el honor á los empleados de procedencia revolucionaria bajo la monarquía de D. Alfonso.

Es una medida acertada y de sentido comun. Hablar de conciencia entre gentes que defienden la libertad de la misma, ó que no la tienen, es hablar de la mar. Los reyes revolucionarios que exigen fidelidad en nombre del honor, cometen una imbecilidad. Todos los juramentos exigidos en tiempo de D. Isabel no han evitado los numerosos pronunciamientos de que tan fecundo ha sido su reinado. Martínez Campos habia jurado por su honor defender á Serrano, y se ha sublevado contra él; lo cual, lejos de pararle daño en su reputacion, carrera é intereses, le ha hecho ganar posicion, nombre y dinero. Y así seguirán las cosas, hasta que los carlistas las arreglen.

Las noticias que recibimos de los ejércitos de Centro y Aragon dan derecho á presumir que pronto podremos comunicar á nuestros lectores resultados muy favorables á nuestra causa.

La victoria alcanzada últimamente por el brigadier Berriz sobre las fuerzas alfonsinas es de una grandísima importancia, porque ella demuestra que nuestro ejército puede victoriosamente tomar la ofensiva siempre que convenga.

Todavía continúan los periódicos extranjeros insertando telegramas y haciendo comentarios sobre el pretendido desembarco de cien marinos de la fragata prusiana «Naulilus» en Zarauz. A nosotros, que estamos aquí seguros de que ni cien ni diez mil prusianos lograrán poner el pié en nuestro territorio, nos parecen ridiculas todas las consideraciones y digresiones á que se entregan los periódicos extranjeros sobre este asunto.

Hay que confesar que la habilidad de Bismark para manejar á Europa como se maneja á una muñeca es grande. El la hace creer lo que quiere, y la impone la marcha que quiere. Los carlistas, sus enemigos irreconciliables, han hecho un favor digno de alabanza á la tripulacion de un barco mercantil alemán; pero como el decir esto de esta manera hubiera humillado al canciller prusiano, y sobre todo hubiera dañado á sus miras políticas, el canciller ha hallado medio de hacer creer á Europa en el salvajismo de esos bandidos carlistas, que por un gusto incomprensible hacen naufragar á un buque en medio de las tempestades de la mar, disparando sobre infelices que demandaban auxilio, é impidiéndoles arrojar la tercera áncora, que de seguro los hubiera salvado. Hoy se cree esto en Europa como artículo fé. Cuatro ó seis agentes de Bismark no podian contestar mas que con un puntapié, y así lo han hecho.

Nosotros tenemos la conciencia tranquila, y cien veces veces que la ocasion se presente haremos lo que hemos hecho, como buenos católicos que somos: socorreremos al que pida nuestra ayuda en la agonía, aunque sea un súbdito de Bismark, y nos encogemos de hombros á la ingratitude de los hombres. El capitán Zeghien, del buque «Gustave», segun nos dicen, se halla entre nosotros. Esa es la mejor prueba de la humanitaria hospitalidad que ha encontrado en este hidalgo país.

Bismark entre tanto pide con instancia una reparacion al gobierno de Madrid por supuestas ofensas.

Es una indignidad y una mentira. Pero allá se las haya con nuestros enemigos.

Todo gobierno tiene, por decirlo así, una luna de miel. La luna de miel de los alfonsinos está pasando ó ha pasado ya.

Despues de la sorpresa del motin triunfante, de las felicitaciones, de las visitas para hacerse presente á los que dan los destinos, de las cartas de recomendacion, de las recepciones, del trágala á los caidos, de los versitos de encargo, de las iluminaciones bajo multa, de las colgaduras por orden de las autoridades, y de los arcos pagados de fondos municipales o por los que vuelven otra vez á vivir del presupuesto, vienen las dificultades serias, y asoman la cabeza los descontentos que se han quedado sin empleo, y se mueven los alarmistas en oficio; como dicen ya las autoridades de Madrid, y hay que gobernar, y hay que imponer á los enemigos del gobierno, y hay que encontrar dinero, y hay que pagar á los acreedores, y hay que regularizar y legalizar la situacion, y hay, sobre todo, que pasar por el Carrascal y llegar á Pamplona y acabar con los carlistas para siempre jamás, porque de lo contrario pudieramos volver á las andadas.

Y aquí sí que esperamos á los moderados. Ya verán, cuando despues de haber presentado el niño al ejército del Norte no suceda nada, y cuando el convenio haya resultado bronca, y los generales alfonsinos resulten ineptos como los otros, y los ejércitos Reales, en Cataluña, en el Centro y en el Norte, continúen enteros y organizándose y aumentándose y avanzando cada dia más; ya verán, cuando la guerra civil secreta entre Cánovas y Martínez Campos por un lado, y entre el gobierno y los elementos revolucionarios de otro, estalle, y la confusion y la penuria y la debilidad sean cada vez más grandes; ya verán, volvemos á repeter, lo que valen los carlistas en España y lo que vale la revolucion.

Cada dia que pasa es una ventaja para los carlistas, porque cada dia se ha de hacer más evidente la impotencia del gobierno de Madrid, llámese como se llame, y enga quien tenga á la cabeza.

La luna de miel una vez pasada, vendrán los malos dias, y las cosas aparecerán de su color natural.

Verdaderamente el hombre que ha triunfado en Madrid ha sido Escobar, el satélite de Cánovas, el volteriano periodista que hace años corrompe á España por hacer negocio con «La Epoca». Este, este y sus doctrinas y sus hombres han triunfado, á despecho de los hombres del «Eco de España».

El es el que, habiendo caído en poder de nuestros voluntarios en 1873, hizo promesa formal al señor marqués de Valdespina de hacerse carlista y de convertir en carlista á su periódico en el perentorio plazo de un mes. ¡Adiós! para tomar esta resolucio, que venia de visitar á Cabrera, y que ya no habia salvacion para España mas que en el carlismo.

Despues de lo cual, y de haber sido puesto en libertad por los soldados del Rey, ha faltado á su palabra y ha calumniado y vituperado venenosamente cuanto ha podido á sus honrados y generosos adversarios.

Es uno de los que han ido á Marsella á esperar al hijo de doña Isabel, uno de tantos hombres tuestos que no creen en nada, pero que con alardes de catolicismo y de amor al orden engañan á muchos hombres de bien que no ven más allá de sus narices, y hacen su negocio.

Varias cartas que hemos visto de Barcelona nos dicen que la vista de Alfonsito habia descorazonado á los barceloneses. Es el tal pr teniente riquitico, enteco y poquita cosa; de tal manera, que antes parece un nene de trece años que un muchacho de diez y siete. Todo lo que se ha dicho de asociaciones obreras entusiasmadas y demás, es pura farsa.

Las enérgicas disposiciones adoptadas por nuestros generales respecto á los ferro-carriles estan produciendo el resultado apetecido, y es indudable

que antes de mucho se logrará privar al enemigo de uno de los mas poderosos medios con que nos hacen la guerra.

Los empleados de las líneas de Madrid á Zaragoza y Alicante se negaron el dia 18 á continuar el servicio, y fué preciso que el goéernador de la corte obligase á la empresa á ello. La de Barcelona á Zaragoza está ya paralizada, y la de Valencia á Castellon lo quedará uno de estos dias.

El gobierno revolucionario á dado el orden de que sean inmediatamente fusilados los carlistas hechos prisioneros en las líneas férreas ó sus inmediaciones.

En la parroquia de San Juan de Estella se están celebrando actualmente misiones, á cuyos ejercicios asisten las fuerzas Reales que se hallan en dicha ciudad.

Es de advertir en estos actos el recogimiento y devocion de aquellos honrados hijos del pueblo, tan bravos y decididos en el combate.

San Sebastian es la ciudad de las noticias. La mas inverosímil noticia tienen en ella su origen: los locos son los órganos de la opinion liberal: el autor del diario (cuyo nombre no manchará estas columnas) que no sale los dias de derrota, y un corresponsal de «El Imparcial» que aun sigue creyendo en la victoria de los liberales en Urnieta, por ganar el pan nuestro, que si no, no se lo pagarian.

Este sugeto es tan seguro en sus opiniones, que despues de haberse quejado en el «El Imparcial» del médico Salazar por lo malamente que habia enviado ciento y tantos heridos á Santaner, se ha arrepentido y rectificado en el mismo «Imparcial» ante las amenazas de romperle el alma que le habia hecho el matasano hijo de Esculapio.

¡Y habrá quien preste fé á ese par de alhajas, cuando nadie les presta ya ni dos pesetas.

Créese que los tripulantes del «Gustave», por su torpeza por no haber seguido la ruta que tenian marcada, ó por otras irregularidades de que se habla, están interesados en achacar á los carlistas la pérdida de su barco, y hablar mal de ellos, á fin de embrollar el asunto en su favor y sacar lo que puedan de Bismark ó de quien se preste á pagar.

El mentir de los carlistas, es muy seguro mentir.

Al mismo tiempo que los redactores de «La Iberia» y demás diarios ex-ministeriales van saliendo por la puerta de atrás de la situacion con el correspondiente puntapié, los redactores de «La Epoca», «El Tiempo», «El Eco de España» y «El Diario Español» entran por asalto en los empleos que tanto han coliciado, y por los que realmente trabajaban cuando hablaban de patriotismo y de salvar á España.

Maldonado Macanaz, redactor de «La Epoca», ha obtenido nada menos que la direccion de Instruccion publica; Cos-Gayon, redactor del mismo periódico, ha conseguido una plaza en el Consejo de Estado; Escobar merece y lograr mucho mas; Estéban Collantes, padre, director de «El Eco de España», ha sacado la plenipotencia de Portugal, que es buena prebenda; su hijo D. Saturnino, la sub-secretaría de la Presidencia, y así podriamos ir enumerando á los demás.

Eso buscaban con sus periódicos y eso han conseguido. En España no habia mas alfonsinos que los ex-ministros, ex-embajadores, ex-gentilhombrs, ex-comilitones, y ex-empleados de doña Isabel. La voluntad nacional es una farsa que han explotado y esplotan los libereles.

«La Epoca», que no puede conformarse con la frialdad notable que el pueblo español manifiesta hacia el desventurado niño que las bayonetas de los pretorianos han levantado hasta el Trono, parece se ha propuesto crearle atmósfera anunciando venturas que no han de verse realizadas, y presenta al partido carlista casi próximo á desaparecer. Entre otros da los muchos noticiones que en sus columnas estampamos, vemos el que sigue:

«Sábese que varios de los oficiales de artillería que se habian pasado á las filas del Pretendiente las han abandonado, dirigiéndose á Francia.»

Espera el colega sentado la confirmacion de su anuncio.

«El Diario Español» escribe un artículo intitulado «El Rey liberal».

En ese artículo llama á los republicanos, á los radicales, á los constitucionales y á los absolutistas, y para todos ellos dice que tiene D. Alfonso satisfacciones que dar.

Si todos le acatan y reconocen, los republicanos, que no quieren ni nombre de monarca, batián palmas en loor del niño, que para ellos será solo un ciudadano; los radicales, que solo quieren una sombra de rey, verán en él un Amadeito más complaciente que el otro; los constitucionales, un constitucional de tomo y lomo; los absolutistas, un rey como una loma, y de resultados de todo esto será para los masones un Gran Oriente, para los católicos un semi-papa, para los racionalistas un exéptico y para los creyentes un devoto....

Esto es, en el fondo, lo que significa el artículo de «El Diario Español».

Y al oír tal cúmulo de disparates, ¡no sospechan nuestros lectores que á «El Diario Español» se le ha subido el presupuesto á la cabeza y se le ha bajado el sentido comun á los talones?

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

Alsásua 25, á las 6:45 tarde.

El corresponsal al director de «El Cuartel Real»

S. M. acaba de entrar en esta villa, en medio del repique de campanas y de entusiastas aclamaciones.

El manifiesto de D. Alfonso, fechado en Peralta, dirigido á los vascos-navarros, ha sido recibido en este país con una indiferencia, que raya en desprecio.

Las noticias recibidas de Estella dan por menores del estado brillante en que se encuentran los batallones del ejército del Rey D. Carlos, así como de su belicosa impaciencia por batir al enemigo.

Continúan llegando felicitaciones de varios puntos de España.

El Rey se encuentra muy satisfecho de la actitud del país y de sus voluntarios.